

PATERNIDADES Y TERAPIA

Elementos conceptuales y prácticos que permiten abordar el tema de la Paternidad en el trabajo terapéutico

(borrador final)

Francisco Aguayo Fuenzalida y Sabine Romero Bergdolt

Para citar este artículo:

Aguayo, F. y Romero, S. (2006) Paternidades y Terapia: Elementos Conceptuales y Prácticos que Permiten Abordar el Tema de la Paternidad en el Trabajo Terapéutico. En Roizblatt, A. (ed) *Terapia Familiar y de Pareja*. Cap. 10. pp 152-165. Santiago de Chile: Mediterráneo. (borrador final)

Estampa de mi padre

De tu mano de funcionario de terno y corbata
aprendí a subir la primera cuesta
del camino de la vida.

Cada día Domingo
emprendíamos la misma intrépida
aventura de pobres,
en varonil silencio escalábamos
las laderas del cerro San Cristóbal,
cubiertos de sudor y de polvo,
rodando a veces,
pero siempre tomados de la mano,
hasta alcanzar acezantes la cima
de un semana de lucha encarnizada
por seguir adelante.

La ciudad yacía a nuestros pies
y la roja y redonda manzana
que me hacías escoger
del canasto del hombre de la pata de palo,
mondada con maestría por tu gastada navaja,
era la singular metáfora del mundo
que entonces me ofrecías con gesto grave.

Manuel Silva Acevedo, poeta

Las reflexiones de este artículo se fundamentan en nuestra experiencia derivada del Programa Paternidad Activa¹ en el Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación (1999 a 2002), de una consultoría a UNICEF Chile (2003) sobre programas y políticas de paternidad, además de nuestra experiencia clínica privada.

En lo que se refiere a la Paternidad, el artículo intenta rescatar al menos en parte, el enfoque de la sociología clínica, que permite articular los fenómenos sociológicos con el análisis psicológico. Como dice De Gaulejac (1999) son los objetos los que deben mandar a las teorías que necesitamos y no las teorías las que determinan la manera de construir nuestro objeto.

Nos encontramos frente a fenómenos de paternidad muy heterogéneos. Si bien se observan tendencias propias de la llamada masculinidad hegemónica (Connell, 1997), también se encuentran particularidades según pertenencias a un grupo socioeconómico, a una etapa del ciclo vital, a orígenes regionales, étnicos, y según variables de la propia biografía y trayectoria. Es por eso que autores como de Keijzer (2000) han propuesto pluralizar el término, hablando de Paternidades.

Las paternidades como objeto de estudio y de intervención social han sido abordadas desde varias disciplinas tales como la sociología, la antropología, la psicología social, el trabajo social y las ciencias de la salud.

Desde fines de los años 80 los investigadores ponen foco en los hombres en cuanto tales, comenzando una tradición argumentativa (Shotter, 2001) que considera las masculinidades como categoría de estudio y de análisis (Olavarría y Valdés, 1997).

Desde no hace tanto tiempo que los aportes en temáticas de género² transitan de un foco casi exclusivamente puesto en las mujeres, a una mirada sobre la masculinidad como categoría de estudio y análisis como así mismo a un énfasis con perspectiva relacional. Todavía desde la psicología clínica un gran número de investigaciones y estudios tienden a un enfoque “matricéntrico”, haciendo excesivamente responsable a la madre del desarrollo infantil, como si el cuidado paterno fuera una variable irrelevante más (Pruett, 2001). Como dice Clare, la literatura sobre ciencias sociales e investigación familiar está plagada de estudios que demuestran la importancia e influencia de la madre sobre el desarrollo psicológico y hasta físico del niño. “Del mismo modo que se le atribuye el papel principal en el desarrollo positivo de su descendencia, es a ella, y no al padre, a quién echan la culpa cuando las cosas no resultan bien. El desarrollo de las ciencias de la conducta ha venido acompañado de lo que se ha denominado la culpabilidad materna” (Clare, 2002: 225).

El tema de la identidad de hombres y mujeres surge hoy día cruzado fuertemente con la dimensión de género y las formas en que se vive la pertenencia a la categoría femenina y masculina. Y éstas están cambiando significativamente, estructurándose desde imágenes, símbolos y creencias en torno a la paternidad y maternidad distintas. Las prescripciones acerca de lo que es ser padre y madre producen guiones de comportamientos reproductivos y

¹ Sitio web: www.cide.cl/paternidad

² La categoría género nos remite a los sentidos sociohistóricos y socioculturales de las diferencias sexuales (Alatorre y Luna, 2000), y a una “forma de ordenamiento de la práctica social” inherentemente relacional (Connell, 1997: 35).

parentales que están cuestionándose y entrando en contradicción con mandatos sociales y necesidades de hombres y mujeres respecto a cómo estar presentes en la vida familiar cotidiana.

Ibarra (2003) ha hecho notar desde la terapia feminista la escasa atención prestada por las/os terapeutas de familia a las relaciones de género. Para la tradición feminista muchos problemas de pareja y de familia tienen íntima vinculación con las creencias de género. Esta autora sugiere que la terapia feminista no busca culpabilizar a los hombres sino cambiar los procesos de socialización que determinan que hombres y mujeres sigan operando dentro de un marco sexista y que los atrapa en estereotipos rígidos de conductas, obstaculizando un desarrollo integrador y con plasticidad.

La experiencia de ser padre es vivida por muchos hombres con sufrimiento y dolor (Lyra, 2001), lo que puede traer una distancia de sus sentimientos y afectos y de su potencial para el cuidado. Seidler propone que cuando “los hombres aprenden a reconocer sus emociones y sus sentimientos, con ello aprenden qué valor dar a aspectos diferentes de su experiencia.” (2000: 178). Connell en tanto (1997) ha planteado que los hombres con frecuencia están comprometidos con sus esposas e hijos en relaciones de cuidado, sustento familiar y quehaceres domésticos, hecho no siempre reconocido por los discursos de los especialistas. Hay posturas frente a la paternidad que han puesto énfasis en el tema del poder, que si bien es una categoría de análisis insoslayable, no es la única. Lo que se ha llamado el patriarcado doméstico y las inequidades de género en general, requieren mirarse desde diferentes ópticas tales como la perspectiva psicodinámica, sistémica y de sociología clínica. En este artículo se trata de aportar con algunos planteamientos que surgen de estudios y experiencias, al tema y la discusión de la incorporación de la Paternidad en terapia.

En su conferencia de 1964 Winnicott (1990) “El recién nacido y su madre” el autor se dirige al auditorio señalando “Espero que los padres encontrarán comprensible que me refiera a “la madre” con mayor frecuencia que “al padre”. Pensamos que cada vez los padres van encontrando menos comprensible un discurso de este tipo de los profesionales de la salud y de las/os terapeutas, no solo por un cambio cultural en que el rol del padre comienza a ser reconstruido y revisado sino también porque numerosas investigaciones van mostrando cómo la participación del padre en la crianza impacta contundentemente el desarrollo de sus hijos.

Han pasado 40 años desde entonces y somos testigos de que en la actualidad se incrementa el número de hombres que están comprometidos con su pareja e hijos en relaciones de cuidado, sustento familiar y quehaceres domésticos.

Guell (1999), sin embargo, ha descrito lo que llama una “crisis en la relación familia/sociedad”. Y plantea que las familias enfrentan nuevos problemas para los cuales no cuentan con aprendizajes y estrategias, ni materiales, ni cognitivos ni de sociabilidad. También se encuentran dificultades para integrar las nuevas imágenes de género presentes en los discursos públicos y privados. El autor plantea que también hay problemas tradicionales frente a los cuáles los recursos ofrecidos por la sociedad son insuficientes o están debilitados.

MODELOS Y CATEGORÍAS DE PATERNIDAD

En Latinoamérica la mayor parte de los estudios (cfr. con las revisiones de Aguayo, 2003; y Barker, 2003) en masculinidad y paternidad han utilizado metodologías cualitativas, ofreciendo una aproximación a los significados, creencias y relatos que los hombres (y en algunos estudios también las mujeres) tienen acerca de su biografía como hijos y su experiencia como padres. Este acercamiento ha sido realizado considerando variables o categorías tales como el nivel socioeconómico, escolaridad, etnia, ubicación geográfica, género, etc. Viveros (2000) ha señalado que la paternidad ha tenido un abordaje dentro de las ciencias sociales más negativo que positivo, desde la ausencia más que desde la presencia. Para esta autora la paternidad es un fenómeno complejo y cambiante, que no es posible comprender sin considerar las relaciones de parentesco y la maternidad.

Se observa que predomina un modelo de ser padre que ha sido llamado ‘hegemónico’ (Connell, 1997), que se acerca al modelo de varón sustentador de la familia patriarcal. Autores como Olavarría (2000, 2001) han usado la noción de ‘mandatos sociales’ para connotar aquellas creencias culturales que ordenan a los hombres pensar y comportarse de tal o cual manera. En su investigación realizada en Santiago de Chile, se encontró que algunos de los mandatos del modelo hegemónico que recaen sobre los padres son:

“el padre es una persona importante, es el jefe de familia, la autoridad del hogar; su trabajo permite proveer a la familia y a los hijos; prueba y ejerce su heterosexualidad a través de los hijos que procrea, y demuestra su poder siendo fecundo. El padre, así, tiene un destino señalado: constituir una familia, estructurar relaciones claras de afecto y autoridad con la mujer y los hijos, que le permitan proteger, formar y proveerla en un espacio definido, el hogar. A la mujer, por su parte, le corresponde la crianza, ordenar el hogar y colaborar con el padre/marido.” (2000: 135).

José Olavarría describe algunos ejes de la paternidad masculina en Santiago de Chile. Señala que “ser padre es ser importante y le da sentido a la vida” (2000: 137). La paternidad como experiencia le confiere a los hombres ciertos derechos ante su pareja y sus hijos; también da la oportunidad de proyectarse formando una familia y perpetuar el apellido; por otra parte el mandato de proveer y ser jefe de familia es fuerte, sobre todo en varones populares; otro eje que este autor describe dice relación con la participación de los padres en la socialización y crianza de sus hijos.

Al mismo tiempo este modelo hegemónico de ser padre muestra discontinuidades (Abarca, 2001). Los varones más jóvenes, urbanos y con mayor escolaridad aparecen más cuestionadores de la paternidad de sus propios padres, del modelo tradicional. También se ha encontrado que las paternidades son un ámbito de la identidad masculina que produce contradicciones en muchos hombres y mujeres. Se encuentran tensiones entre las demandas y necesidades de mundo privado y el público, el doméstico y el laboral. También entre las propias expectativas y modelo y el de la pareja o ex pareja con hijos en común. El deseo de ser buenos padres que la mayor parte de los hombres tienen se encuentra con obstáculos contextuales, económicos, socioculturales, familiares y personales para su realización. Se observan demandas crecientes sobre los hombres, para que sean más competentes en labores de crianza y domésticas. Hay que considerar que la evidencia muestra que son las mujeres

quienes realizan la llamada doble jornada laboral y que las tareas domésticas y el tiempo dedicado a la crianza es realizado en su mayoría por ellas (Kimmel, 2001; Kliksberg, 2002).

Diversos autores han sugerido categorías de análisis de las paternidades:

Para Norma Fuller (2000) la paternidad tiene cuatro dimensiones: 1) Natural: en tanto que prueba definitivamente la virilidad de un varón; 2) Doméstica: en tanto inicia una familia y mantiene una pareja en unión. Está definida por el amor y la responsabilidad; 3) Pública: en cuanto el rol del padre es proveer de recursos simbólicos y materiales que obtiene en la esfera pública, y en cuanto vincula a hijos e hijas con las cuestiones relativas al espacio público; 4) Trascendental: esta es la dimensión más importante, según Fuller, ya que la paternidad permitiría la perpetuación y la inmortalidad.

En una investigación donde se entrevistó a mujeres y hombres de Ciudad de México, Alatorre y Luna (2000) han descrito lo que llaman interpretaciones de la paternidad, como aquellos ejes o espacios subjetivos y prácticos donde los hombres la despliegan. Las siete relaciones son las siguientes: material-económica (proveer), doméstica, formativo-educativa, lúdica, afectiva, de autoridad, y de protección.

Benno de Keijzer (2000), propone una tipología de padres muy citada en la literatura. En primer lugar distingue al padre ausente o fugitivo, que puede tener estos subtipos: padre ausente soltero adolescente, relativamente ausente; padre ausente migrante; padre ausente divorciado, potencial o tendencialmente ausente, pueden ser padres vespertinos o de fin de semana. También de Keijzer distingue entre los padres sociales y los biológicos. Los primeros pueden ser abuelos, tíos, hermanos mayores u otras figuras masculinas. Un subtipo son los padres adoptivos, padres sociales por antonomasia. Otra distinción del autor refiere a aquellos padres tradicionales o patriarcas: identificados con el rol de proveedor, se sienten incompetentes en terrenos domésticos y de crianza, creen que mostrar cariño puede restarle hombría, no piensan que sea importante su implicación en el desarrollo del(a) niño(a), y aquellos igualitarios: cercanos, empáticos y afectivos.

BENEFICIOS DE LA PATERNIDAD IMPLICADA O PARTICIPATIVA

Diversos estudios sugieren que cuando los padres son más participativos e implicados en la crianza de sus hijos esto trae beneficios para el/la hijo/a, la madre y el propio hombre. Nos remitimos a lo señalado por Gary Barker en el informe “La Participación de los Hombres como Padres en la Región de Latinoamérica y el Caribe” (2003), donde el autor revisa una serie de investigaciones sobre paternidad, concluyendo:

- Una presencia del padre de calidad, generalmente es positiva para el desarrollo de los niñas/os, tanto a nivel físico, cognitivo, socioafectivo como para su rendimiento escolar. Se ha encontrado que el número de cuidadores es más relevante que el género de los mismos. Los indicadores mejoran cuando se cuenta con dos o más cuidadores. También se ha encontrado que ante padres más participativos es más probable que los hijos sean más democráticos en sus relaciones de género.
- La presencia de un padre o un hombre en el hogar, sea o no residente, es positivo para el ingreso familiar. “En un estudio en Guatemala se encontró una asociación positiva

entre el aporte al ingreso familiar del padre y el nivel nutricional de los hijos. En Estados Unidos se ha visto que ingreso del padre impacta positivamente en la educación y habilidades sociales de los niños, y en su salario futuro” (Barker, 2003).

- Una mayor participación masculina en el cuidado de los niños y en las tareas del hogar es generalmente positiva para la mujer. Esto se debe a que la participación masculina en el hogar posibilita que la mujer pueda trabajar fuera de casa, estudiar o desarrollar otras actividades positivas para sí mismas y para el hogar.
- Un compromiso positivo como cuidadores y padres es generalmente bueno para los hombres también. Hombres involucrados significativamente con sus hijos reportan que esta relación les ofrece una de las fuentes más importantes de bienestar y felicidad.

Otras investigaciones recientes indican en forma contundente que los niños preescolares cuyos padres se ocupan de ellos y les dedican tiempo son más competentes, más decididos, tienen más confianza en sí mismos y sus actitudes en cuanto a los roles de género son menos estereotipados (Clare, 2002: 236).

PATERNIDADES Y TERAPIA

Los motivos de consulta de las personas que acuden a terapia son múltiples y diversos, pero podríamos afirmar que el tema de la familia actual o de origen siempre está implícita o explícitamente presente, dado que es el espacio en el cual constituimos las bases de nuestra existencia, independientemente de la calidad de los vínculos que allí se establecieron. Y es en la familia y su contexto donde los seres humanos vamos internalizando primariamente modelos de apego y representaciones de lo que es ser hombre y padre, mujer y madre.

Podemos considerar a la familia como “una comunidad de interlocutores que intentan activamente atribuir significado a su experiencia intersubjetiva mediante la negociación de un conjunto de proposiciones interrelacionadas que les dotan de un sentido de descripción y/o de explicación en un dominio determinado” (Botella y Pacheco, 2002). Esto entraña alinearse con la visión de las familias como sistemas de creencias compartidos, lo que tiene implicaciones importantes en cuanto a la concepción de procesos de interacción familiar, especialmente cuando se trata del tema de la paternidad. Dicho sistema de creencias compartido cruza los problemas que la pareja o familia traen y se manifiesta en forma de un discurso narrativo. Como plantean Botella y Pacheco (2002), la autoridad de un individuo en un sistema de creencias compartido emerge de hasta qué punto su versión de los hechos prevalece sobre las demás, es decir, hasta qué punto es autor de la versión que acaba por ser aceptada. Expresado en otros términos, los límites internos de la familia son los límites del discurso y de sus reglas de legitimidad, y el “poder” dentro de tal sistema lingüístico depende de la posibilidad de hacer oír la propia voz. Cuando la pareja o familia llega a consultar, trae el “texto” de su experiencia humana, y el cambio en terapia se hace posible al modificar sus narrativas dominantes, permitiendo que puedan ir validando desde sí la génesis de narrativas alternativas y que gradualmente las vayan traduciendo a la práctica cotidiana de su vida familiar. En palabras de Sluzki (1998), la actividad terapéutica consiste en facilitar conversaciones que favorezcan transformaciones cualitativas en las narrativas que contienen y mantienen los historias basadas en el problema a historias mejor formadas, que no contienen el problema tal cual ha sido descrito; después de escuchar el relato de los pacientes, la labor terapéutica consiste en

desestabilizar narrativas, a la vez que favorecer o sembrar alternativas. La identidad de cualquier padre entendida como narrativa supone que el self puede ser construido a través de historias. Las narrativas le dan continuidad de significado y coherencia a la experiencia del padre, y tienen una dimensión histórica y un impulso anticipatorio, es decir, permiten integrar pasado y futuro en un relato (Neimeyer, 1998). Esta visión de la terapia estaría siendo parte de lo que McLeod (en Gergen y Warhus, 2003) ha llamado movimiento narrativo posmoderno de terapia.

Las intervenciones del terapeuta en la línea de promover una paternidad más implicada y participativa, para ser exitosas, tendrán que contar con la disposición del paciente para recibir las en el contexto de un buen vínculo terapéutico³, como se sugiere en el modelo genérico de Orlinsky y Howard (Jiménez, 1999).

En terapia, este vínculo puede emerger de un proceso de co-construcción de significado, considerando que los sistemas humanos se orientan proactivamente hacia la atribución de significado de la experiencia.

Para ello, como han señalado Nardone y Watzlawick (1992), los terapeutas tendrían que aprender a hablar el lenguaje del paciente. En el terreno de la Paternidad, el terapeuta tendrá que conocer el modelo de paternidad, los significados que sustentan sus acciones como padre y simultáneamente adquirir la comprensión del lenguaje que usa para simbolizar su experiencia.

Para que se vaya forjando el vínculo entre paciente y terapeuta, este último transmite al primero el deseo de unirse en un proceso de exploración que pretende poner a prueba o trascender las limitaciones de la visión de mundo del paciente.

Como sugiere la evidencia en psicoterapia (Corbella y Botella, 2003), una adecuada alianza lograda en las primeras sesiones será predictor de eficacia en la terapia. Esto nos abre la pregunta sobre cómo hacer adecuadas alianzas terapéuticas con los hombres, con el particular modelo de masculinidad y paternidad que cada varón tiene.

Al trabajar el tema de la paternidad en terapia, resulta necesario contactar con exactitud el marco de referencia interno del paciente, con los componentes emocionales de significado, siguiendo la pista de lo que es más importante para éste y sin evaluar los criterios de verdad, pertinencia o psicopatología, sino practicando una apertura expectante. Seleccionar qué atender, ya que las experiencias que trae en el tema de la paternidad pueden ser complejas. Atrapar lo más esencial, intenso y conmovedor del paciente. Identificar posibles fisuras en las representaciones de paternidad que maneja día a día y que le generan sufrimiento con posible impotencia, inseguridad, frustración, culpa, rabia, pena y miedo. Y acceder a modificar aquellos esquemas cognitivo-afectivos y de significado que percibe que interfieren con su funcionamiento adaptativo, su satisfacción y la ampliación de su desarrollo.

PATERNIDAD, FAMILIA DE ORIGEN Y MODELO DE APEGO.

Cuando trabajamos en terapia el tema de la paternidad es necesario enfocar la historia de apego de los pacientes. La investigación sobre el apego adulto ya nos ha dicho mucho sobre los

³ Cuando hablemos de paciente nos referiremos a un individuo, una pareja o una familia indistintamente.

patrones que proporciona el apego para la elección de pareja y sobre las implicancias de estas elecciones en la calidad y estabilidad de las relaciones. Como han sugerido Feeney y Noller (2001) determinadas combinaciones de estilos de apego arrojan luz sobre causas de conflictos de pareja y dinámicas familiares. Estos autores se refieren, además, a un número significativo de estudios que muestran que los modelos de apego que los padres adquieren en su infancia (los que internalizaron cuando fueron niños) determinan su comportamiento como figuras de apego de sus propios hijos.

En los relatos de los pacientes aparecen padres idealizados, queridos y respetados, como también surgen padres devaluados, temidos, despreciados y odiados. Asimismo, los hombres señalan que la ausencia paterna trae consecuencias negativas para hijos e hijas.

Un hombre de 27 años, profesional, lo relata de la siguiente manera:

“Yo me acuerdo que de niño mi papá era el ser mágico. Llegaba a las 12 de la noche del trabajo y lo esperábamos despiertos para verlo. Él era un panorama.

Él me enseñó a hacer volantines, a pescar, hacíamos excursiones al río e inventaba que era un lugar secreto que nadie más que nosotros conocía.

La relación se quebraba cuando yo me negaba a jugar fútbol, porque no me gustaba.

Cuando se separaron mis padres, mi padre no solamente se separó de mi mamá sino también de los hijos. Él siempre decía que nosotros teníamos que buscarlo a él y no él a nosotros. Eso provocó que durante muchos años me atrincherara al lado de mi mamá y culpaba a mi papá de todos los problemas.

Entre los 8 y 22 años fue una relación de odio. Años sin hablarnos, llamarnos ni escribirnos. Y cada vez que tenía oportunidad de hablarle, lo acusaba de mal padre. A veces yo buscaba dentro de mí sentimientos hacia él y no los encontraba; como que lo había olvidado.

Yo lo empecé a perdonar cuando comencé a entender su historia: hijo abandonado, nunca tuvo papá ya que fue hijo de madre soltera, fue criado por tías que lo despreciaban por ser hijo ilegítimo; se formó sólo, llegó hasta octavo básico e igual se forjó una profesión.

Él aperraba para él solo y se defendía del mundo y de sus hijos también. Yo necesitaba un papá; el duelo de la separación me vino diez años después de que ocurrió. Desacralicé a mi mamá y repartí cuotas de responsabilidad en relación a la separación.

Y de ahí empecé a disfrutar con él, sin juzgarlo ni pedirle explicaciones. Esa actitud lo cambió e hizo que él solo empezara a dar explicaciones y a reconocer culpas que antes negaba cuando yo lo confrontaba. Se empezaron a sanar heridas suyas y mías.

Ahora parecemos dos osos, como cuando yo era chico. Nos abrazamos harto y le gusta jugar a que yo soy chico. Hoy yo valoro que él haya estado tan atento a mi relación con mi esposa a la que trata como una hija más. Cuando me vio estable, también se pacificó él. Al verme con la vida más hecha, se siente más libre; no le voy a pedir nada. Hoy soy consciente de que cuando estoy con él, disfruto ”.

Los buenos recuerdos del cuidado brindado por un padre comprometido y cariñoso alientan a los hijos a identificarse y seguir el ejemplo de dicha conducta cuando les toca ser padres de sus propios hijos. Esto confirma lo sugerido por Winnicott (1990), en cuanto a que la posibilidad de ofrecer un sostén adecuado se fundamenta en los recuerdos de haber recibido un cuidado sano. También conocemos padres que habiendo experimentado a un padre poco comprometido o ineficaz actúan - a la hora de ser padres - en forma compensatoria, conduciéndose de manera exactamente opuesta, lo que determina que se conviertan en el padre que habrían deseado tener (Pruett, 2001).

Winnicott (1990), refiriéndose a las madres, planteaba que tras el parto la madre puede corrientemente cuidar a su hija/o porque “tienen en sí el recuerdo de haber sido bebé” y conserva recuerdos de haber sido cuidada. Pensamos que nada obsta hoy día, a excepción de nuestras ideologías acerca de la paternidad y maternidad, para pensar que los hombres padres cuentan con esos recuerdos y esas experiencias de haber sido cuidados y que al igual que la mujer, pueden nutrirse de dichas experiencias para cuidar a sus propios hijos desde que nacen. En casos en que el padre no estuvo involucrado en la crianza, hay hombres que relatan que su modelo de referencia para ser padres es la madre que tuvieron y en otros casos, otra figura masculina significativa.

Respecto del número de apegos que se crean, la literatura sobre el apego infantil sugiere que los bebés y los niños establecen relaciones de apego, pero que estos vínculos no son de la misma importancia para el niño. Se cree que estos múltiples apegos siguen una jerarquía, siendo la figura primaria de apego (que suele ser la madre) lo que está en lo alto de la jerarquía (Feeney y Noller, 2001: 145). Durante la implementación del Programa de Paternidad Activa en el CIDE (2001 y 2002), nos encontramos con padres a los cuales les había tocado, por diferentes razones, ser esa figura primaria de apego.

Los seres humanos aprendemos que surgen y se repiten ciertas situaciones que están acompañadas de las mismas emociones. Este fenómeno se vincula con constelaciones relacionales de familia de origen que se siguen activando en la vida adulta. El pasado pesa por sobre el presente y el futuro. Hay una memoria de episodios que se asocia a situaciones presentes parecidas, con lo que se vuelve un episodio generalizado dejando de ser un recuerdo específico; se forma una estructura de un posible proceso reactivo a un suceso (Stern D. en Kast, 1994).

Los modelos se definen como construcciones activas que pueden modificarse en función de la experiencia. En momentos de estrés, los modelos más antiguos tienden a activarse más rápidamente, aspecto a considerar cuando los pacientes acuden a terapia. Los modelos tienen más probabilidades de cambiar en momentos de transiciones vitales importantes, como son el matrimonio, la paternidad o la pérdida de un ser querido; el cambio positivo es más probable que tenga lugar cuando hay una combinación de nuevos *insights* y experiencias relacionales más positivas.

Según Feeney y Noller (2001: 105), los modelos incluyen cuatro componentes interrelacionados:

- los recuerdos de experiencias relacionadas con el apego (especialmente aquellas que implican la figura primaria de apego),

- creencias, actitudes y expectativas sobre los demás y uno mismo en relación con el apego,
- objetivos y necesidades relacionadas con el apego y,
- estrategias y planes para conseguir objetivos relacionados con el apego.

En los padres, los modelos afectan la manera en que dan sentido a sus relaciones familiares. La interpretación que hagan en terapia de la relación con sus hijos, depende de la historia de la conducta en cuestión dentro de la relación, así como de modelos más generalizados que manejen con respecto al apego. En sus narraciones aparecerá su modelo de masculinidad, la historia con su propio padre u otra figura masculina significativa y su proyecto de ser padre.

Como plantean Feeney y Noller (2001: 99), “las experiencias tempranas de apego afectan a una persona a lo largo de la vida. Cuando los padres cooperan y aportan su ayuda en las interacciones con sus hijos, es probable que los niños desarrollen modelos internos de funcionamiento que les permitan mantener relaciones positivas con los demás, así como explorar su entorno con confianza y sensación de dominio”.

En las relaciones primarias de apego se construye la autoestima del niño/a, aspecto que se correlaciona positivamente con la comodidad y cercanía y negativamente con la ansiedad por las relaciones. Cuando el niño ha experimentado un tipo de apego suficientemente bueno, puede convertirse en un adulto que se muestra como sujeto seguro, poniendo de manifiesto una mayor autoestima personal y social que los sujetos evitativos y ansioso – ambivalentes. “Los individuos seguros tienen confianza en sí mismos y en los demás, desean establecer relaciones íntimas manteniendo un equilibrio entre la cercanía y la autonomía; reconocen su estrés y afrontan emociones negativas de manera constructiva” (Feeney y Noller, 2001: 107). Cuando un padre ha podido desarrollarse en este aspecto como individuo seguro, es probable que pueda favorecer esto mismo en su hijo o hija siguiendo la corriente de una cadena de traspaso generacional altamente positiva.

Interesante es el planteamiento de los autores antes nombrados, cuando mencionan que existen relaciones complejas entre género, apego y funcionamiento relacional: “las diferencias de género pueden tener relación con los estereotipos tradicionales del rol sexual. Es decir, en la socialización de las mujeres se les enseña a valorar la cercanía emocional, mientras que en la socialización de los hombres se les educa para que valoren la independencia. Tanto en hombres como mujeres, la conformidad extrema con estos estereotipos de rol sexual podría ser perjudicial en sus relaciones afectivas” (2001: 131). En terapia, los hombres (y también las mujeres) pueden encontrar un espacio de mayor libertad para cuestionar narrativas rígidas asociadas a los géneros y la crianza, especialmente cuando se han ido convirtiendo en rótulos y etiquetas que no permiten abrir el abanico de conductas parentales; y ello puede favorecer complementariedades novedosas y más flexibles en los patrones de crianza en ambos sexos y en el modo de relacionarse como pareja de padres..

PATERNIDAD Y DESARROLLO DE LA AUTOCONCIENCIA EMOCIONAL EN TERAPIA.

“La construcción de significados personales implica un proceso de síntesis continua de información, a partir de diversas fuentes, y de simbolización consciente de dicha información,

para formar una realidad subjetiva; este es un proceso dialécticamente constructivo en el que simultáneamente se atiende a la experiencia sentida y se construye una representación actual particular de ella” (Greenberg, Rice y Elliot, 1996: 79).

La autoconciencia emocional es necesaria para cualquier tipo de proceso regulador del sí mismo. El modelo de masculinidad hegemónico ha tendido a inhibir y descuidar en los hombres el desarrollo de su inteligencia emocional, base para desplegar a su vez la inteligencia intrapersonal e interpersonal tan importante para establecer relaciones cercanas y gratificantes con los hijos.

Las emociones se comprenden como síntesis complejas de elementos, que incluyen el afecto primario (en forma de sensación y fisiología), la motivación (en forma de necesidades e intereses) y la cognición (en forma de evaluaciones).

Sabemos que las emociones las produce el organismo automáticamente, pero para experimentarlas, la persona tiene que simbolizarlas en la conciencia. En nuestra calidad de terapeutas es importante considerar que, como explican Greenberg y otros (1996: 75), los estados emocionales pueden estar en diferentes grados de conciencia:

- presentes y experimentados, pero no simbolizados verbalmente;
- experimentados y claramente simbolizados y, finalmente
- experimentados, simbolizados y completamente comprendidos en cuanto a sus desencadenantes, significados y tendencias a la acción, necesidades o deseos asociados a ellos.

Nuestra tarea es acceder a las estructuras afectivas y emocionales y operar en el nivel de cambio en el significado emocional. La experiencia generada por estos esquemas -que como veíamos anteriormente, se constelan en las relaciones de apego vividas en el interior de la familia- tiene que ser llevada a la conciencia y simbolizada para ayudar a orientar y guiar al paciente. Las emociones de un padre se evocan de un modo más fuerte cuando éste no puede satisfacer sus necesidades o cuando logra hacerlo. Así pues, los esquemas emocionales se construyen en relación con situaciones que frustran o satisfacen necesidades, fines, objetivos o intereses.

El/la terapeuta que trabaja con el tema de la Paternidad hará lo que Guidano (2001) llama “perturbaciones orientadas estratégicamente”. Para este autor, perturbar significa utilizar indirectamente emociones para desencadenar una reorganización de significado, lo que quiere decir que el terapeuta sigue una estrategia muy precisa cuyo objetivo es saber cuál es el tipo de significado personal del sujeto. La primera fuente importante de activación estará dada porque el hombre pueda darse cuenta de sus reglas de funcionamiento como padre; la segunda fuente de perturbación emocional estará dada por la misma relación terapéutica, que por su intimidad y confianza es fuente de poderosas dinámicas emocionales. Guidano llama método de autoobservación, a la estrategia de reconstrucción de lo que el padre siente y cómo se explica lo que siente. Al simbolizar en palabras la expresión de la emoción se hace fundamentalmente comunicativa y le servirá para aprender a regular la interacción social con su hijo o hija.

LA PATERNIDAD EN EL CONTEXTO SISTÉMICO DE LAS RELACIONES FAMILIARES

Cuando en terapia el hombre encuentra un espacio para recorrer su biografía familiar, se instalan las bases para una nueva autocomprensión de la microcultura en que se crió; desde ahí el paciente puede ir usando su libertad a fin de elegir qué aspectos de la historia quiere rescatar para su forma de ser padre en el presente y, con qué aspectos de las relaciones familiares no se identifica y desea encontrar parámetros propios en la interacción con sus hijos.

Muchos padres de todas las edades y niveles socioeconómicos buscan tener una comunicación eficaz y abierta con sus hijos, por lo que el aprendizaje de expresar claramente los propios objetivos y sentimientos debe ir acompañado de la capacidad de escuchar y entender los objetivos y sentimientos de aquellos. Los padres que ignoran las señales que sus hijos emiten en relación con necesidades de apego, están enseñando implícitamente a sus hijos a no comunicarles directamente tales necesidades; y cuando sucede esto, los mismos padres que añoran contacto más cercano con sus hijos, se frustran por no poder lograrlo.

Durante la ejecución del Programa Paternidad Activa, pudimos observar a mujeres profesionales y mujeres de grupo socioeconómico popular que mostraban la tendencia a quejarse de su pareja porque participa poco o nada en la crianza de los hijos y el trabajo doméstico; sin embargo cuando ellos tienen iniciativa en estos aspectos de la vida cotidiana, muchas de mujeres se comportan con sus parejas como madres que corrigen y sobrevaloran su propio criterio para realizar las tareas. A menudo le pedían o exigían al hombre comportarse con los hijos como ellas lo hacen, dificultándole la búsqueda de un estilo propio. Frente a esta actitud de la mujer, algunos hombres reaccionan con enojo o se retiran demasiado rápido asumiendo un rol periférico; otros son capaces de plantearse asertivamente, y defender y negociar su derecho a involucrarse cotidianamente a su manera con sus hijos.

Las mujeres que tomaban conciencia de su rol dominante y excluyente, también reconocían el costo de sobrecarga que implicaba “hacerse cargo” de tantas tareas del hogar y de la crianza, un trabajo que además les resulta a veces muy cansador y poco reconocido. También se constataba cómo un número significativo de mujeres nutren desde la maternidad su autoestima y/o el sentido de su existencia. Desde ahí algunas necesitan sentirse indispensables e irremplazables con respecto a los hijos (y a veces, a la pareja) para “tapar” estados de ánimo depresivos, sensaciones de vacío o de baja autovaloración. Cuando logran segurizarse a través de un desarrollo personal, alimentando otras relaciones e intereses, les resulta más fácil aceptar que el padre asuma con responsabilidad y gratificación una parte importante de la crianza y las tareas domésticas, lo que les permite compartir esa responsabilidad, teniendo energía y tiempo para sí mismas. Sistémicamente hablando, en la medida en que la mujer se mueve menos, el hombre se mueve más o en la medida en que el hombre se moviliza más, ella se sobreinvolucra menos.

Nos parece interesante recordar que la trama de lealtades en las familias está íntimamente conectada con alineaciones, escisiones, alianzas y formaciones de subgrupos. Fue Boszormenyi–Nagy quien acuñó el concepto de trama de lealtad multipersonal, que implica la existencia de expectativas estructuradas de grupo, en relación con las cuales todos los miembros adquieren un compromiso. “El endeudamiento bilateral ético y existencial inherente

a las relación padre-hijo hace de las relaciones familiares ejemplos clásicos de la dialéctica relacional” (Boszormenyi–Nagy y Spark).

Este autor habla del letargo y agotamiento emocional de los padres, que incide en que un número cada vez mayor de progenitores modernos lleguen a la parentalización de sus propios hijos mediante la permisividad; ello puede aparecer como una forma de abandono paterno, además de bordear a veces la negligencia con un doble vínculo, ya que parece dar algo (libertad de acción) cuando en esencia implica por naturaleza un tomar unilateral. De ahí que nos preguntemos: ¿en qué reside la simetría del toma y daca entre padre e hijo en las relaciones actuales? ¿De qué manera los sistemas familiares que operan como un todo, hacen hoy día un balance equilibrado entre padre e hijo dentro de la contabilización global de méritos?

Boszormenyi-Nagy describe cómo en la antigüedad se esperaba que el progenitor velara por la existencia física del hijo, le diera apoyo material y protección en las etapas vulnerables del desarrollo. A cambio, el padre tenía derecho a explotar la mayoría de las reservas de vida del hijo y aplicarle un castigo extremo por desobediencia. El hijo debía respeto y obediencia perpetua al padre. Y afirma que “la calidad de la paternidad depende siempre de la medida e integridad propias de lo que el padre mismo vivió en su experiencia como niño. La contabilización multigeneracional de responsabilidades determina el balance de la nueva relación. Hoy se entiende que los hijos tienen el derecho innato a ser criados en forma responsable; la crianza no es una recompensa por méritos que hayan acumulado”. (Boszormenyi–Nagy y Spark, 1983: 111)

En los profundos cambios que experimenta la familia en este período de la historia, los criterios para establecer la reciprocidad relacional pueden ser muy diferentes que en el pasado. Como terapeutas nos toca conocer cómo el hombre, la mujer y cada hijo definen sus criterios de justa reciprocidad en el interior y fuera de la familia, y ayudarles a reformular su comprensión de lo que es la lealtad relacional, sobre la base de sus propias necesidades y las necesidades sentidas de los otros miembros del sistema familiar.

El vínculo filial en alguna parejas se hace fuerte como sostenedor de la relación, mientras en otras no representa o deja de representar un motor dinamizador de ella. Cuando ocurre que la pareja vive una ruptura, observamos que suele persistir en cada uno el deseo de seguir asumiendo responsabilidad por el desarrollo y bienestar de los hijos; cada vez más padres van expresando su dolor cuando al separarse renuncian a una parte importante de la cotidianidad con sus hijos. A su vez, el cónyuge que permanece viviendo con los hijos a menudo siente ansiedad derivada de la responsabilidad de hacerse cargo sola /o de la crianza y educación de los hijos. Se considera que la separación de los padres afecta significativamente a los hijos a cualquiera edad, aunque se está en condiciones de sostener que incide en menor medida cuando ya están instalados en la adultez temprana. Los hijos no participan en la decisión de una separación y requieren ayuda de sus padres (y a veces de un terapeuta) para hacer gradualmente el ajuste emocional; así la recuperación con respecto al efecto de la separación puede ser mejor.

Una mujer profesional de 22 años hace el siguiente relato:

“Se me vienen a la cabeza los primeros días de la separación de mis papás, en que se me instala una sensación que se mantuvo a lo largo de varios años.

Yo tenía trece años cuando mi mamá se va de la casa con nosotras y nos lleva a la casa de mi abuela. Yo me angustio, porque no sé dónde está mi papá. Al poco tiempo me entero de que está en casa de una de mis mejores amigas; como que mi papá formaba parte de otra familia, mi amiga lo vería más que yo, se levantaría y lo vería todas las mañanas. Eso significó la ruptura de esa amistad, porque sentía que me habían robado a mi papá.

Cuando él se fue de la casa de mi amiga y se arrendó un departamento, yo lo llamaba todos los días a su contestadora, para que cuando llegara escuchara mi voz.

Lo que más me dolía de niña, es no sentir la presencia cotidiana de él y que él no sintiera la mía. Y el miedo que a cualquiera de los dos nos reemplazara una persona. Yo tenía que proteger que nadie ocupara el lugar de él en la cotidianidad; que no desapareciera el espacio que cada uno tenía en la vida cotidiana del otro. Después vino una etapa en que intenté reemplazar a mi mamá cuando yo estaba con mi papá y a reemplazar a mi papá cuando yo estaba con mi mamá ... que no se notara la ausencia.

A los 17 años me fui a vivir con mi papá, buscando dar vuelta todo; pero no cambió nada. Ahora la persona abandonada era mi mamá.

Entre los 16 y 18 años estuve en terapia, ya que tenía ciertos trastornos de alimentación con ánimos depresivos. La terapia me da la posibilidad de escaparme, sabiendo que me estoy escapando; puedo tomar distancia para resolver algo. Y más tarde volver a completar mi proceso, ya casada y viviendo en forma independiente.

A los 18 años me traslado a otra ciudad a estudiar y salir del atrapamiento.

Abí logro establecer relaciones más sanas con mis dos padres. Con mi papá me demoro mucho tiempo en equilibrar la relación para que sea de padre e hija y no de amiga, reemplazante de mamá e hija. A los 20 años empiezo a hacer mi propia vida y dejo que mis padres hagan cada uno la suya. Aprendo a pedir ayuda cuando la necesito y espero que mis padres hagan lo mismo.

Abora mi papá tiene una presencia constante que no necesita ser física; el espacio está ganado en lo profundo y no tanto en lo contingente. Siento que mis papás están ahí como papás y no como amigos y que yo no cumplo otro rol que no sea de hija”.

La necesidad que experimentan los padres de sus hijos, se entreteje en la trama de la necesidad que sienten los hijos por su padre.

Constatamos que muchos padres, al poco tiempo de separarse, tienden a tener un contacto más estrecho que lo habitual con sus hijos. Muestran el deseo de aprender a vincularse con los hijos sin la intermediación continua de la madre.

Nuestra tarea como terapeutas es favorecer espacios de conversación para que padre y madre puedan, a pesar de los desencuentros como pareja, pensar sobre cómo darle continuidad a la tarea conjunta de la crianza de los hijos y ser relativamente consistentes en algunas pautas de crianza. Capponi señala que las “desavenencias más intensas serán más dañinas para los hijos, del mismo modo que el conflicto no resuelto o que se resuelve mal, también tiene un efecto muy destructivo” (2003: 329). El mismo autor sugiere que es tarea de ambos padres asegurar a los niños frente a las implicancias del cambio. Es frecuente que la madre o el padre inicien un trabajo psicoterapéutico individual, que ayude indirectamente al niño a través de un vínculo

contenedor y elaborador de la situación, y que disminuya las cargas afectivas de los hijos (Caponni, 2003). Cuando se trata de una terapia de pareja o familiar podemos favorecer que la problemática vivencial se plantee con peticiones de ayuda directa. El terapeuta proporciona las condiciones de confianza para que ambos dos, cada cual a su manera, pueda mostrarse vulnerable, manteniendo una cierta seguridad para explorar nuevas formas de funcionamiento parental. Los miembros de la familia van creando una perspectiva de significado con implicaciones específicas de conducta y de relaciones, experimentando un alivio de posibles síntomas más generalizados.

Observamos que hoy día el tema de la paternidad registra una carga emocional fuerte para muchos hombres y también mujeres. En terapia resulta clave posibilitar por diferentes vías la expresión de emociones dolorosas, contenerlas para luego canalizarlas con el paciente en una dirección que le permita plantearse cambios menores o mayores que le proporcionen mayor gratificación en la relación consigo mismo y sus hijos. Recordar que las emociones implican tendencias a la acción, que surgen en función de evaluaciones automáticas de la relevancia de las situaciones para nuestros intereses básicos. Desde el amor por los hijos, muchos padres y madres son o se vuelven capaces de trascender algunas de sus limitaciones en favor del bienestar de sus hijos.

LA PERSONA DEL TERAPEUTA Y SU EXPERIENCIA DE PATERNIDAD

Para trabajar terapéuticamente con el tema de la Paternidad con todo lo que ello implica, resulta necesario confrontar la historia con el propio padre, la óptica personal en el tema de género y las experiencias presentes con la paternidad.

Las categorías de análisis y los discursos que las/os terapeutas usemos tienen una crucial relevancia en cuanto a cómo construimos la normalidad y anormalidad en paternidad, y en cuánto a cómo estamos ayudando a los padres a ejercer como tales.

El terapeuta James Framo (1996) nos entrega un relato muy ilustrador acerca de su familia de origen, y su relación con su madre y su padre. Cuenta como todo el poder radicaba en su madre. Lo mismo ocurría con las hermanas de su madre. Describe lo difícil que se le hizo entender décadas después a las feministas cuando planteaban que las mujeres carecían de poder y eran dominadas por los hombres. Dice respecto de su padre: “Mí padre era cautivador y encantador, pero en algunos aspectos era como un chico irresponsable; sin embargo, sabíamos que se preocupaba por todos nosotros, aunque los sacrificios que hacía por los hijos no fuesen tan visibles como los de mamá. Trabajaba muy duro para mantenernos. Aunque el juego y sus aventuras con mujeres crearon muchos tumultos familiares, sobre todo con mamá. Lo cierto es que aportaba al hogar risa y diversión. Yo solía pensar que si él no estuviese, no disfrutaríamos de la vida, porque para mamá era una ardua y pesada tarea, que soportaba y sufría” (1996: 235). Más adelante: “Para mí, mi padre fue lo que Fairbairn denominó «el objeto excitante pero decepcionante». Hasta que me analicé, no tomé contacto con la herida que me dejó la distancia que él puso entre mí y mi anhelo de estar cerca de él. Sentía que había más proximidad entre mi padre y mis demás hermanos; tenía una relación muy estrecha con mi hermano menor. Por ejemplo, cuando necesitaba dinero iba a verlo a él, nunca me lo pedía a mí. Él y mi hermano eran tipos de la misma especie: mundanos y astutos. De adulto, aun sabiendo que si le prestaba dinero jamás me lo devolvería, ansiaba que me lo pidiese” (236). Y más adelante: “Hacia el fin

de su vida, papá empezó a admirar mis logros...y esto fue para mí como agua bendita.” (...) Papá vino a la universidad el día en que me entregaron el título, pero no estaba vivo cuando se publicó mi primer libro (mamá se lo mostró a todas sus amistades). Sin embargo, hasta el día de su muerte, jamás entendió muy bien en qué consistía mi tarea. Me decía: «¿Quieres decir que te pagan por hablarle a la gente?», y se maravillaba de que yo no tuviese que «trabajar» para vivir.” (237)

Otro terapeuta familiar notable, Minuchin, habla de la historia con su padre: “Para mí, hasta ya bien entrado en la edad adulta, mi padre fue siempre un gigante (...) Yo sentía un profundo respeto por mi padre. Quería ser como él: bueno, honesto y justo”. Y agrega: “Mi padre era importante. Trabajaba duro y tenía éxito. Mi madre se esmeraba en crearle un espacio: “no hagan ruido, papá está durmiendo... papá está comiendo... papá está trabajando... papá está cansado... (...) Mamá era la supervisora que hacía de la vida de mi padre un pequeño mundo organizado y predecible” (Minuchin y Nichols, 1994).

Y finalmente queremos mencionar al investigador y terapeuta Samuel Osherson (1993) que plantea que la que la ausencia física o psicológica del padre es una de las grandes tragedias subestimadas en nuestro tiempo. Observa que en los hombres hay un considerable sentido de pérdida oculto que tiene que ver con el padre. La sensación de pérdida se prolonga hasta la edad adulta, momento en que muchos hijos tratan de resolver en forma silenciosa, oculta y ambivalente la culpa, rabia y vergüenza que sienten hacia sus padres. Algunos hombres inconscientemente buscan un padre mejor en el trabajo, alguien que los perdone y los haga sentirse “buen hijo”. Además, muchas veces la relación del hijo con el padre influye sutilmente en la forma en que responde a su esposa e hijos. En su propio hogar, algunos hombres deciden evitar la pasividad o dependencia que vieron en sus padres. Otros se sienten incapaces como esposos o padres para vivir de acuerdo al heroico modelo montado por sus padres.

En lo personal se refiere a que “para aquellos que hemos llegado a la madurez durante y después de los años 60, el proceso de identificación con el padre se ha hecho aún más complejo, dadas las cambiantes expectativas sociales del género. Crecimos en medio de los roles sexuales tradicionales, donde los padres eran los proveedores financieros y las madres las proveedoras emocionales en la familia. Muchos hijos se han identificado con padres que presentaban una imagen tradicional de masculinidad, pero luego, al interior de sus propias familias, se les pide desempeñar un rol diferente. Muchos de nosotros nos esforzamos para ser diferentes a nuestros padres, pero inconscientemente también tratamos de vivir de acuerdo a su imagen” (1993: 7).

La dirección que tomará el proceso terapéutico depende de las características de cada caso, de la biografía y del contexto sociocultural al que los clientes y los terapeutas pertenecen.

Como señalan Minuchin y Nichols, los terapeutas siempre somos narradores; irreversiblemente nos guían nuestras propias experiencias cuando describimos a los demás. “El observador, aunque sea imparcial, necesariamente escoge lo que le parece importante y da forma a lo observado de un modo que tiene sentido (1994: 15).

BIBLIOGRAFÍA

- Abarca, H. (2001) Discontinuidades en el Modelo Hegemónico de Masculinidad. Disponible en línea: <http://www.flacso.cl/flacso/main.php?page=noticia&code=72>
- Aguayo, F. (2003) Paternidades: Políticas y Programas. Revisión de Acciones y Medidas para Promover la Participación del Padre en el Cuidado y la Crianza de sus Hijas e Hijos. Santiago de Chile: UNICEF. (borrador final)
- Alatorre, J. y Luna, R. (2000) Significados y Prácticas de la Paternidad en Ciudad de México. En Fuller, N. (ed) *Paternidades en América Latina*. Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Barker, G. (2003) Men's Participation as Fathers in the Latin American and Caribbean Region: A Critical Literature Review with Policy Considerations. World Bank (final draft)
- Boszormenyi–Nagy, I. y Spark, G. (1983) *Lealtades Invisibles*. Argentina: Amorrortu Editores.
- Botella, L., y Pacheco, M. (2002). Terapia familiar constructivista: Una aproximación narrativa relacional. En C. Pérez (Ed.) *La Familia: Nuevas Aportaciones*. Barcelona: Edebé. Disponible en línea: <http://www.infomed.es/constructivism/documsweb/tfc.html>
- Caponni, R. (2003) *El Amor Después del Amor*. Chile: Editorial Grijalbo.
- CIDE (2001) Informe de Evaluación de Proceso de Efectividad del Proyecto Paternidad Activa. Santiago de Chile: Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación. Publicación interna.
- Clare, A. (2002) *Hombres, la Masculinidad en Crisis*. Taurus: España.
- Connell, R. (1997) La Organización Social de la Masculinidad. En Olavarría, J. Y Valdés, T. (eds) *Masculinidad/es. Poder y Crisis*. Isis Internacional/FLACSO Chile: Santiago.
- Corbella, S. y Botella, L. (2003) La Alianza Terapéutica: Historia, Investigación y Evaluación. *Anales de Psicología*. vol. 19, nº 2 (diciembre), 205-221. Universidad de Murcia. Disponible en línea: http://www.um.es/analesps/v19/v19_2/04-19_2.pdf
- De Gaulejac, V (1999) Historias de Vida y Sociología Clínica. *Revista de Temas Sociales* número 23. SUR Centro de Estudios Sociales y Educación
- De Keijzer, B. (2000) Paternidades y Transición de Género. En Fuller, N. (ed) *Paternidades en América Latina*. Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Feeney, J. y Noller, P. (2001) *Apego Adulto*. Editorial Desclée De Brouwer: España.

Fuller, N. (2000) Significados y Prácticas de Paternidad en Varones Urbanos del Perú. En Fuller, N. (ed) *Paternidades en América Latina*. Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Gergen, K. y Warhus, L. (2003, septiembre) La Terapia como una Construcción Social. Dimensiones, Deliberaciones y Divergencias.

Disponible en línea: <http://www.swarthmore.edu/SocSci/kgergen1/web/printer-friendly.phtml?id=manu18>

Greenberg, L., Rice, L. y Elliot, R (1996) *Facilitando el Cambio Emocional*. Paidós: España.

Guidano, V. (2001) *El Modelo Cognitivo Post-racionalista*. España: Desclée de Brouwer.

Guell, P. (1999) Familia y Modernización en Chile. Exposición ante la Comisión de Expertos en Temas de Familia, SERNAM. Disponible en línea: http://www.chile-hoy.de/sociedad/familia_chile.pdf

Ibarra, A.S. (2003) Género y Dinámica Familiar. Conferencia IV Congreso de Familia.

Mayo. Jalisco, México. Disponible en línea:

<http://sistemadif.jalisco.gob.mx/Congreso%20de%20la%20Familia/IV%20Congreso%20de%20Familia%202003/Mtrab/SofiaI.pdf>

Jiménez, J.P. (1999) ¿Investigación en Psicoterapia? Claro que sí. Pero, ¿A Quién le Interesa? *Revista de Psicología de la Universidad de Chile*. Vol. VIII, N°1. 103-113

Kast, V. (1994) *Vater – Töchter/ Mutter – Söhne*. Editorial Kreuz: Alemania.

Kimmel, M. (2001) Masculinidades Globales: Restauración y Resistencia. En Sánchez-Palencia, C. Y Hidalgo, J.C. (eds) *Masculino Plural: Construcciones de la Masculinidad*. Edicions de la Universitat de Lleida: España.

Kliksberg, B. (2002) La discriminación de la mujer en el mundo globalizado y en América Latina. Un tema crucial para las políticas públicas. *Revista Instituciones y Desarrollo* N° 12-13 pp. 61-90. España. Disponible en línea: <http://www.iigov.org/revista/12/re04.pdf>

Lyra, J. (2001) - Paternidade adolescente: da investigação à intervenção. En: Arilha, M., Unbehaum, S., y Medrado, B. (orgs). *Homens e Masculinidades. Outras Palavras*. São Paulo: ECOS. Disponible en línea: <http://www.ufpe.br/papai/Textos/txt-lyra-001.pdf>

Minuchin, S. y Nichols, M.P. (1994) *La Recuperación de la Familia*. Barcelona: Paidós.

Nardone, G. y Watzlawick, P. (1995) *El Arte del Cambio*. Barcelona: Herder.

Neimeyer, R. (1998) Las Narrativas Generadas por el Cliente en Psicoterapia. En Neimeyer, R. y Mahoney, M. (comps) *Constructivismo en Psicoterapia*. España: Paidós.

Olavarría, J. (2000) Ser Padre en Santiago de Chile. En Fuller, N. (ed) *Paternidades en América Latina*. Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú. Disponible en línea: <http://www.flacso.cl/flacso/main.php?page=noticia&code=81>

Olavarría, J. (2001) *Y Todos Querían Ser (Buenos) Padres*. Santiago de Chile: FLACSO.

Olavarría, J. y Valdés, T (eds) (1997) *Masculinidad/es. Poder y Crisis*. Isis Internacional/FLACSO Chile: Santiago.

Osherson, S. (1993) *Al Encuentro del Padre*. Editorial Cuatro Vientos: Chile.

Pruett, K. (2001) *El Rol del Padre*. Javier Vergara Editor: Argentina.

Framo, J. (1996) *Familia de Origen y Psicoterapia*. Barcelona: Paidós.

Seidler, V (2000) *La Sinrazón Masculina. Masculinidad y Teoría Social*. México: Paidós y UNAM.

Sluzki, C. (1998) Atractores Extraños y la Transformación de las Narrativas. En García, J., Garrido, M. y Rodríguez, L. (eds) *Personalidad, Procesos Cognitivos y Psicoterapia: Un Enfoque Constructivista*. Madrid: Fundamentos.

Viveros, M. (2000) Paternidades y Masculinidades en el Contexto Colombiano Contemporáneo, Perspectivas Teóricas y Analíticas. En Fuller, N. (ed) *Paternidades en América Latina*. Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Winnicott, D.W. (1990) *Los Bebés y sus Madres*. España: Paidós.